



Gabriel Fuster

FAUNA UFANA

FAUNA UFANA

Tarjeta postal / 3

La cucaracha / 6

La trampa / 8

Deja Vu / 12

Puro pájaro nalgón / 13

El quebranto de María Chi / 15

L'roedor et les sortileges / 17

Fiebre de jungla / 21

That's entertainment! / 22

Con permiso del patito feo / 24

Dos mundos / 25

Único unicornio / 26

Mokele Mbembe / 27

Cancerbero / 28

Lecciones de recaída / 29

Toma Chango tu banana / 31

Cebú, c'est moi / 32

Ruta 69 / 33

Pony tail / 33

Importancia callada de la ache / 35

Comeidante / 44

1. Basso Loco
2. Betty la fea
3. La Divina Comedia de dos minutos
4. Salve astronauta Spiff
5. Cancerbronquio

Todos tienen algo que esconder aquí, excepto por mí y mi monólogo / 49

La Metamorfosis / 51

Más cabrón que bonito / 60

Acerca del eslabón perdido / 61

TARJETA POSTAL

Queridos Papá y Mamá:

Les escribo con el ritmo lento de este tren que baja por las grutas sumidas en el silencio de Cacahuamilpa. ¡Oh, la bifurcación es total, que nos encaminamos por rumbos opuestos! A propósito, el tipo de cambio desembolsa un paseo de retorno por la provincia que cambia de sitio y mantiene seis pares de miradas de familia prolongándose con denuedo por el folleto desdoblado para leerse más grande que una estela maya, pero les escribe el otro invisible dueño que soy yo misma cuando el espejo estalla. La tarjeta postal se mueve y hago del lápiz la sílaba de una invitación para que visiten a este suelo lleno de temblores y donde “todo sueño es realidad y la realidad es como un sueño”. Me olvidaba decirles que, por una cuestión del dique de la memoria, habíamos planeado seguir otra ruta punteando contra el corte de las tijeras, pero Pepe vio semejante anuncio de “Viajes Fantástica” removiendo con el pie las hojas de oro y pensó que podría esta expedición ser un pasatiempo más divertido para los niños que el claustro de los juguetes...¡Y henos aquí!

Del clima del lugar, podría decirse que galopa exactamente de conformidad al más leve estado de ánimo que se tome en el cruce del portazgo. De la decoración interior, hablaríamos de su precio en dechados de carbón gratuito...¡los niños se han divertido muchísimo en la cueva de las mutaciones! Armar el rompecabezas es obligatorio, excepto cuando Pepe es tan insoportable en su desdén quiromántico, vistiendo horribles camisetas de *kino pravda* (cine verdad) y acarreado el vientre de su madre por todos lados...que rompo a llorar. Y cualquier rímel hecho llanto, al desplomarse contra el suelo, va

convirtiéndose en manantial puro de estalagmitas. El guía del *tour* me explicó que todo sentimiento, lo bastante puro, permanece en el universo para siempre. Que un ejemplo son todos los océanos formados con lágrimas por amor no correspondido.

El martes visitamos la tierra de la razón pura, donde no hay agua y las rocas son las únicas formas inteligentes que existen ahí. En esa ocasión me dije inconscientemente: “¿Me pregunto si servirán mariscos en el menú de hoy?”. Y repentinamente, ¡el extraño pescado se materializó frente a mis ojos! Uno tiene que ser muy cuidadoso con sus pensamientos, porque un deseo puede cambiar todo el paisaje. Nato arrojó su goma de mascar al suelo y esta se convirtió en algo...¡verdaderamente asqueroso! Su papá le tuvo que pegar.

En aquella última ocasión también visitamos un territorio que alguna vez fue famoso dentro del plan de emergencia para bajar cinco kilos, pero hoy en día se halla (según creo) en huelga de hambre. Visto desde lejos, parecería una pequeña mota de polvo cuya temperatura no sobrepasa los dos grados de intoxicación. El folleto dice que se llama **GAIA** y que se le nombra siempre con los dedos cruzados. El guía -siempre atento a mis dudas- me informó que la mayoría de sus nativos han ido desapareciendo sin dejar rastro alguno, siempre por alguna causa u otra que no me supo explicar muy bien. Lo cierto es que al llegar ahí, conocí a muchos naturales interesantes y la mayoría de ellos muy amigables.

Mis favoritos fueron los pingüinos, quienes ríen y bromean en sociedad y casi todo el tiempo organizan fiestas de etiqueta que duran largas noches boreales. También los cisnes me deleitaron aunque, en un instante de beatitud, me parecieron un par de cifras numéricas sobre la repisa del lago. Solo al entrar en disculpas, ellos me confiaron un bello canto que hablaba sobre melancólicas princesas con labios de fresa y caballeros andantes cuyo escudo es el amor. Conocí, muy brevemente, al abuelo de los elefantes, mismo que

gustaba de pastar sobre las tundras calentadas por un sol de lenta digestión...pero una insólita helada le congeló *ipso facto*. Fue una conducta que jamás entendí.

Respecto al visado del sueño en las galápagos añiles, lo primero que eligió Pepe que visitáramos fue una larguísima muralla que duerme sobre el tobogán de las montañas. ¡Los niños fascinados de nueva cuenta! (Yo imagino que esta debió haber sido igualmente divertida a sus dueños originales); Fue entonces, al bajar la vista, que descubrí una genuina cama de *lapilli*, con la figura rectangular del sueño profundo y los ronquidos que retumban en la gruta del paladar. Pasada la lluvia de los penachos, se abrió automáticamente la Tenochtitlán y nos permitimos bucear entre sus ruinas y el Templo Mayor. Los delfines se mostraron siempre muy cooperativos y parlanchines con sus historias acerca del extenso imperio y su buena raza que contempló la superstición de arrancar el musgo de las estrellas fijas. Pepe terminó extraviado en el museo de los esfuerzos inútiles.

Al día siguiente, organizamos un día de campo cerca del nife de la Tierra y patinamos sobre el lago de la eternidad. Allí saludamos a Dios mientras comprábamos *souvenirs*. Los extraño mucho y deseo que ojalá estuvieran aquí.

besos

Rosanna.

LA CUCARACHA

“Hola, cacarucha” -dijo la pequeña.

La cucaracha agitaba sus antenas, descubierta.

“Yo no tengo miedo de ninguna cacarucha” -acentuaba la niña. La cola de caballo se columpiaba de lado a lado mientras su cabecita aseguraba que *no*.

El insecto parecía imitar a su observadora con un similar movimiento rotatorio de antenas. Curioso.

“Mi papi me ha dicho que sea cuidadosa con ustedes los animalitos” -ella se acerca más al bicho -“¡Y tú pareces tan inofensiva!”.

La cucaracha estaba alerta.

“Papá dice que desde la última guerra algunas cosas han crecido en forma chistosa...¿de casualidad tú has crecido chistoso, cacarucha?”

La cucaracha continuaba con su comida, sombría.

“Tu me pareces una cacarucha igual que cualquier otra”

Un malicioso brillo surge en los ojitos color miel. Rápidamente, la pequeña corre buscando el botiquín del baño. Empuja la silla, para treparse con mayor facilidad al lavabo y, con sus tiernas manitas, localiza cierto frasco metálico en el interior del dispensario. En la etiqueta del aerosol puede leerse la palabra **VENENO**. Con vivos saltos graciosos, la niña regresa junto al visitante indeseable.

La cucaracha seguía en el mismo lugar, lustrosa.

“Papi guarda este frasco para animalitos como tú”

La cucaracha rota sobre su propio eje.

“¿Sabes?...de este chipote sale una nubecita que mata a los bichos, pero no a la gente”

La niña apunta el pivote de los crueles sometimientos contra el insecto. Y suspira:

“Si no te haces a un lado, cacarucha, te voy a llenar de la nube fea”

La cucaracha que, obviamente, jamás entendió una sola palabra de la niña, no hizo ni el menor intento por moverse.

“¡Ssssssssssss!” sacude el *spray*. La cucaracha cae asfixiada, patas al cielo, dibujando las últimas circunferencias de defensa en el aire con las antenas.

Muerta al fin.

“No eras tan especial después de todo” -encogíase de hombros la pequeña, mirando con suma compasión al blatario muerto.

Y continuó su camino.

A la mañana siguiente, una grúa llegó para retirar el cuerpo de la cucaracha pues estaba bloqueando la calle.

LA TRAMPA

Caso No. uno: El señor Juan Peres juega con su perro Fido. Es una tarde de Abril de 1991. El señor Peres ladra a Fido a manera de juego. El perro le ladra en respuesta. Complacido en la idea de que aparentemente se comunica con su mascota, el señor Peres ladra otra vez. El perro vuelve a ladrar. El señor Peres pronto se aburre de este juego y regresa al interior de su casa. El perro permanece quieto en el jardín. Dos horas más tarde, al parecer en respuesta a las órdenes que recibió de los ladridos de su amo, Fido entra a la casa y destroza el colchón donde duerme el señor Peres, únicamente para extraer la alcancía que contiene los dieciocho centenarios que significan sus ahorros de toda una vida. ¡Y en un acto de obediencia apuesta toda la fortuna en las carreras de galgos!

El señor Peres despierta para descubrir que ha quedado en la miseria.

Caso No. dos: La señora Patricia Martínez y Piñones maúlla a su gata de angora, que ha corrido a ocultarse en el interior del closet. La señora Martínez y Piñones presume, entre sus exclusivos círculos sociales, respecto a la vesania de este juego de “las escondidillas” y apuntando que es el pasatiempo favorito que comparten ella y su mascota. Pero, esta vez, una confusión produce otro desenlace macabro. Probablemente ofendida por algo que la señora Martínez y Piñones maulló...¡la gata ataca! En el momento que la mujer asoma la cabeza por la rendija entreabierta, ¡dos disparos le rozan la cara!

La pistola es hallada, posteriormente, oculta en la letrina del animal.

Caso No. tres: Un prominente líder campesino rinde el sombrero en alto como el viable candidato para representar al partido oficial en las próximas contiendas federales con vil

iniquidad. Poco tiempo después de haber sido “destapado” como seguro contendiente por los distintos sectores de la militancia, él se halla bromeando con su caballo. Esa misma tarde, el equino es visto abordando el autobús de **PRENSA**. Dentro de los días siguientes, el político dimite a su postulación. Todas sus aspiraciones políticas habían sido traicionadas por la contienda de poder como si existiera el antecedente favorable de algún caballo ocupando un escaño en el Senado para su sorpresa.

¿Coincidencias?

Para el Dr. Jorge Valderrama no lo son. El ha estudiado estos tres casos y otros similares, enteramente clasificados en un orden de ponderación por expertos zootécnicos, y la conclusión contundente es que los dueños de animales domésticos actualmente corren un gran riesgo al ladrar, maullar o imitar el sonido específico de sus mascotas.

El Dr. Jorge Valderrama es Director de la Facultad de Psiquiatría veterinaria y rehabilitación animal de la **UNAM**, y nos comenta al respecto: “La gente no se da cuenta del peligro potencial que implica este juego de remedar a los animales caseros. Muchos poseedores de esta fauna doméstica no tienen idea de lo que pueden estar diciéndoles, si partimos de la teoría general de que todas las especies se comunican, pero sus animales sí que lo entienden y se toman cada palabra en serio. La delicada situación es tan aproximada al peligro como el momento en que leemos el menú de algún elegante restaurant de cocina francesa e intentamos impresionar al *Maitre D'* ordenándole en su idioma. Por desgracia, el capitán de meseros sí entiende y, una hora y media más tarde, siete camareros traen en vilo hasta nuestra mesa el guiso especial del *Chef*. La mayoría de las veces, éste resulta ser lomo de equidna bañado con salsa agridulce de quinina y agua quina y un poco de verdura

congelada como guarnición, cuando lo inaudible fuera posar un *cocktail* molotov como aperitivo.”

Esta tendencia del hombre por imitar o aventurarse a establecer una comunicación con los brutos data desde los tiempos prehistóricos, donde el cazador modificaba la voz como un señuelo y poder acercar así a su presa a la trampa. Más, según nuestras estadísticas revisadas, son los animales los que hoy ponen la trampa a los humanos.

El Dr. Valderrama recuerda la siguiente anécdota: “Hace algunas semanas, cierta señora en Guadalajara le chirreaba a su ardilla, la cual saltaba libremente por todo el departamento. Esa misma noche, el pequeño roedor levantó el teléfono y ordenó dos pizzas de anchoas para entregar a domicilio... ¡pero desde Nueva Zelanda! El solo flete de entrega sumó \$ 25' 210.50 duros. Definitivamente, se trató de otro ser humano que ha caído en la trampa.”

Ya nos damos cuenta que todos estos casos presentan una misma constante, en la cual el animal domesticado reacciona de un modo racional o actúa a la defensiva, como poseído por algún motín misterioso, repitiendo su fuerza por manadas. Así, últimamente, se han visto colonias de *hamsters* tomar seguros de vida antes de salir de viaje; algunas colonias de *guppies* han adquirido condominios frente a las playas privadas para desplazar a los *yuppies*; diversas colecciones de mariposas han dado por llevar a cabo las banderas de las *colecciones* de moda...y las cucarachas se quejan de la plaga de fumadores también.

El Dr. Valderrama es interrogado sobre la posibilidad de aprehender y aprender los rudimentos del lenguaje animal, si concluimos que las fatídicas consecuencias están más cerca hoy del silencio que del barullo. El nos contesta: “¿Quién se imagina que soy?...¿El Doctor Doolittle? No, tampoco soy San Francisco de Asís y, por eso, advierto que sólo hay una manera de evitar ofender a nuestras bestias y ésta es no hablándoles en su propio

idioma. Mi temor es que estas recomendaciones sean ya demasiado tarde. Mi propio perro es un ejemplo. Yo solía jugar con él todo el tiempo, le ladraba, le chillaba, le aullaba como él acostumbraba hacerme. Repentinamente, él se volvió misteriosamente distante, apartado. Ahora, él me ve de un modo extraño y no me aparta la vista un sólo momento...¡definitivamente algo masculla en su cabeza canina!

La semana pasada, yo limpiaba su perrera y fue entonces que encontré estos dos libros de Agatha Christie. Inmediatamente pensé que se los habría quitado a alguno de mis vecinos, más cuando abrí la primera página en ambos tomos...¡allí estaba escrito su nombre! Bueno, no es que sea un hombre supersticioso, pero...”

Este artículo ha pretendido ser el portavoz de un nuevo fenómeno dentro de la fauna universal. La advertencia es bien clara: “Todo humano debe estar alerta de que, en un instante, se es la benevolente figura de Noé y, al siguiente minuto, simple no, ¿eh?”

El Dr. Valderrama baja la voz y nos sugiere al oído: “Háganlo parecer un accidente. Tomen a su perro de cacería y después aleguen que lo confundieron con un jabalí en celo o un tlacuache fatigado o cualquier otra cosa. Es rápido e indoloro...además, ¿quién va a saberlo?”

NOTA DEL EDITOR: Al tiempo de la publicación de esta entrevista, el Dr. Valderrama murió en un extraño accidente. Según las pertinentes investigaciones, ellas arrojan a la luz que el hoy occiso se disponía a salir de cacería, cuando su carro inexplicablemente se puso en marcha y le arrolló en el interior de su garage. El perro del doctor ha sido declarado el heredero universal de sus bienes.

DEJA VU

Cierta mañana, Jaime G. Velasquez se encontró a sí mismo caminando a lo largo de la avenida Independencia con sudor desconocido. El no se podía explicar que hacía caminando forastero, o como había llegado ahí o siquiera el menor aviso de donde hubo estado momentos antes. Ni siquiera sabía que horas eran.

Falso, no existe tal escena.

La calle da cabida a otros elementos sin sentido. La dama camina despacio y sin permiso hasta donde Jaime se le cruza con una sonrisa:

“Me temo que extravié mi reloj, ¿Podría decirme la hora, por favor?”

La figura delgada de la mujer esquiva su pregunta con horror y huye gritando del lugar. Otros peatones desde los flancos de su ruta parecieran considerar ilegítimo este paseo impulsado por el viento. Algunos le abren paso planchando el cuerpo contra los aparadores y otros guardan su distancia cruzando la banqueta.

“¿Quién sabe qué pasa aquí? ¡Mejor me voy a casa!” -exclama.

Hace alto en una esquina y llama a un taxi. El conductor adhiere a la garganta un trago de saliva al verle, pisa el acelerador y se pasa el semáforo. Jaime no entiende lo que sucede y empieza a sentir miedo. Localiza un teléfono público y llama a su esposa, pero una voz desconocida descuelga el auricular del otro lado de la línea.

“¿Quién habla? Oiga, ¿Se encuentra la señora Velasquez?” -pregunta.

“No está, se halla en un funeral en este momento. Su esposo murió ayer cuando fue devorado por las palomas del parque”.

PURO PAJARO NALGON

No se habían tenido avistamientos fiables desde el siglo XIV, cuando Marco Polo narra que el Kublai Khan fue obsequiado con una pluma del Roc que tenía una longitud aproximada de doce pasos. El escritor Borges apunta que bien pudo haberse tratado una espléndida palma de rafia que provocó el engaño. Una sombra con las proporciones de un avión comercial se proyecta sobre el esquema urbano de Nuevo Orleans, para sobrevolar directamente el *Superdome*, donde un crucial partido de béisbol es llevado a cabo en la parte baja de la séptima entrada con dos corredores en las bases, y clavar su nivelado pico en el domo de acrílico y metal. Cielo en fiesta, un oportuno *batazo* de jonrón sacude el apetito de la terrible ave que se eleva con enormes, palpitantes alas, su lengua rosada vibrando y un chillido de espanto sacudiendo los cimientos mismos del estadio. Lo que pudo haber sido un increíble pasaje en *National Enquire*, se reduce a tres colores: sueño y canción, en teorema jaspe. “*¡Extra, extra! ¡Simbad logra huir de su abandono en una isla desierta atándose a las patas de un gigantesco Roc!*”. La hembra del *bat* pone un único huevo en el estacionamiento y deja que el sol y la respiración de los curiosos lo calienten. Los automóviles han formado un nido, pero la pluma que cae dentro, llega de la jaula de versátiles constelaciones siderales.

Horas más tarde, cuando el roc cayó a tierra y murió, los residentes de Little Rock, Arkansas aseguraron a los militares haber notado que el pájaro parecía agotado, como si llevara mucho tiempo volando y ya casi no pudiera continuar. La mítica ave blanca de enorme tamaño y fuerza reputada como capaz de levantar y devorar un elefante, había

prolongado su leyenda hasta morir y su gloria y su carne no valían la pena ni empanizada
estilo Kentucky.

EL QUEBRANTO DE MARIA CHI

Atotonilco, Jalisco. Días de feria, altoparlantes con corridos, suelo lodoso con botellas de tequila tiradas y los efluvios de olor a vacas. Jaripeo en la mañana, sangre y plumas al aire en el palenque nocturno. De pronto, mientras los galleros preparan los animales, dos hombres se ponen de pie violentamente.

“¿Cuánto pesas, mano?” –pregunta un charro al otro.

“Pos como ochenta kilos”.

“¡Más diez gramos!” –replica el primero y le dispara un plomazo a boca de jarro.

Yo mando que levanten el gallo muerto y mi sombrero de la arena. ¡Ni modo! ¡Yo siempre me confiaba de no perder...y mandé mucho dinero esta última vez! Nomás brillan las navajas en el ruedo y es entonces que las bestias de arriba nunca están de acuerdo con las bestias de abajo...pero no por eso me rasco la cabeza de *muina*.

¡Ah, maldita María Chi, tuya es la pinche culpa de todo! ¡Si pa’ decirme que no te importan más mis pesos donde la pelea por tu amor es una apuesta de vida o muerte, pos no jugaría a la gallinita ciega despuesito! ¡No, Mariquita, yo que voy a arriesgar que otro *pelao* me pique la cresta nomás porque le andas coqueteando! ¡Nomás pa’ que te andes con tiento que no te resulte extraño que cada una de mis balas lleva su nombre!

“¡Salud, compadre” –dijo el otro.

“¡Salud!” –contesto yo.

Atotonilco, Jalisco. Días de feria, altoparlantes con rancheras, dos pistolas al cinto durante un brindis por las viejas, un juego donde siempre se sale perdiendo. ¡Y así, en el quite, mi compadre me la hizo buena!

¡Ay, María, ya se me acabó el chincual de llevarte arrastrando a mi catre al término de la verbena!

Lejos, la señorita aún desconfía de esa muerte llamada amor y para la misa de gallo forma labios de pueblo; pero en tierra de machos, el misógino es rey y María Chi reina.

L'ROEDOR ET LES SORTILEGES

Por vez primera en la historia de las invenciones y marcas registradas, una patente es extendida a un animal. Bajo el rubro 60,489-AA de la solicitud presentada en tiempo y forma con el sello remojado de color verde de la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, quedó registrado “Pancho”, un ratón que desarrolla células cancerosas para la tremenda caja de pandora de los laboratorios mundiales de experimentación animal. “Pancho” luce a primera vista como cualquier otro roedor encerrado en una jaula preferencial, con lebrillo de agua destilada en un rincón y una palanca roja que le proporciona cuanta comida desee. Los fondos de investigación coinciden en que su registro habla de la inminencia de un país contra otro en vías de desarrollo, pero Pancho no parece tan contagiado con el éxito alcanzado, él dice: “Sospecho que, en cuestión de meses o semanas, empezaré a mostrar hastío por este trabajo. Estoy convencido de que deben existir otras cosas que yo preferiría hacer por mi cuenta a seguir favoreciendo varias inyecciones con nuevos virus cada semana”. Pancho no está sólo en la agenda de los sometimientos científicos; cierta encuesta mundial demostró que existe un mayor grupo de animales desanimados, los cuales llevan a cabo su simposio una vez por año para compartir un pesar común: renunciar al negocio de la experimentación científica.

Para proteger la identidad de algunos de los entrevistados, daremos pseudónimos de mascotas en cada caso. Por ejemplo, “Rolo” -otro ratón- nos confiesa: “Cuando conseguí mi primer trabajo de laboratorio, me dije a mi mismo ¡Qué buena chamba! ¡Ya no más escobazos por debajo de los muebles, ni veneno en la comida ni la invocación del sueño final en una ratonera! Más, al término del primer semestre reflexioné mejor...Si mi período expectativo de vida promedio es alrededor de unos cuantos meses, ¿en verdad deseo ser una

estadística el resto de mis días?”. “Cora” -una simpática y tímida rata de guinea- añade: “¡Es la misma historia para cuando empecé! ¡Yo deseaba ser veterinario y asistí a la universidad para estudiar...pero terminé siendo estudiada!”. Cora actualmente se encuentra en rehabilitación y se nos comenta que ya renunció al hábito de la sacarina.

Especulando sobre las consecuencias que traería una huelga animal de esta naturaleza, diremos que estos tendrían un fuerte impacto en la actividad de los grandes contrabandistas y se tiene la sospecha que tales síntomas de disgusto con seguridad alcanzarían los zoológicos hasta una tercera generación. Caemos en la cuenta del fenómeno porque algunos médicos acusan que varios de sus observados simulan el cuadro clínico durante las pruebas y que, en verdad, ya no les interesa su quehacer altruista. Esto es lastimero si se piensa en la cantidad de animales silvestres que se hayan desempleados por ahí. Al respecto, Pancho comenta: “Todo esto es cierto, pero ¡eso sí! nosotros nunca alteramos los resultados finales de las pruebas, pues va contra los reglamentos del sindicato. Además, por mera conveniencia mutua, si los resultados fueran negativos, el doctor tendría que repetir el *test* nuevamente y ¡qué flojera!”.

El resto de los congresistas convienen en el mismo parecer, a excepción de “Fido”, una dálmata sometida a exposiciones prolongadas de rayos gamma dentro de un programa militar israelí, y nos afirma: “Básicamente, yo me enlisté en el ejército y cuando el reclutador preguntó en qué área estaba interesada, yo respondí que deseaba ser otra Laika o, al menos, una espía K9 con olfato entrenado para detectar maletas *Samsonite* en las aduanas; Inmediatamente fuí asignada como *Top Secret* y vigilada estrechamente. ¡Debo confesar que mucha radiación es sumamente peligrosa...pero al menos en mi vida civil he dejado de ser tratada como una perra!”. El caso de “Sheena” -una chimpancé entrenada para beber dosis excesivas de jarabe para la tos- es más dramático: “Yo abandoné mi

trabajo el verano pasado; Cierta mañana de una mala noche entregada completamente a la bebida, me miré al espejo y dije...¡Esto no te está conduciendo a nada bueno!. Inmediatamente firmé mi renuncia al cuerpo laboratorista y, ese mismo día que dilataba la cruda del jarabe mentolado, me aboqué a buscar un nuevo empleo por las calles. Me dirigí a la bolsa de trabajo más próxima pero, por mi lamentable pasado como tomadora, se me advirtió que no encontraría oficio ni como chango de organillo. Desesperada, fue entonces que encontré este trabajo de medio turno en el circo, donde había que personificar a un gorila africano. Empezaba a descubrir nuevas habilidades cuando, una aciaga noche de función, cierto cuchillo de malabares cortó de tajo un acuerdo entre narcotraficantes. La policía me detuvo como principal sospechosa debido a que era la única que contaba con largo historial en el uso de drogas. Fui llevada a prisión en lugar del premio Nobel, ¡Ni mono!”

Sheena purga una condena de 20 años que, en términos de un chimpancé, significa cadena perpetua. Aunque ella negó haber matado a los tres mafiosos en el vagón del gran Zoltán, el lanzador de cuchillos, jamás implicó a nadie más en el asunto. Sheena era una viable candidato a la patente, pero su vida tomó una maroma desgraciada...excepto por su secreto embarazo.

Por lo que hace a Pancho, aunque la fama hoy le abrumba cual fiebre, existen activistas del medio que tratan aguarle la fiesta. Dichos grupos alegan que la patente es inmoral e impropio y temen que únicamente origine *tests* más implacables y dignos de ingresar al salón de la fama al premio Doctor Moreau. “Milo” -un conejo que renunció a *General Foods* tras dos años de estar probando distintos colorantes artificiales- hoy atiende un despacho de asesoría en el centro de la capital y comenta al respecto con su colorido lenguaje: “¡La patente es gacha, carnal, toda vez que los valedores empiezan a ver más allá

de su chipo, de boleto aspiran a ser mascotas de anuncios comerciales, o algo prangana, caricaturas de matiné, nel!”. Cuestionado en lo particular respecto de Pancho, añade: “¡Grillas, grillas y más pedos...gracias a Mickey Mouse, la neta los ratones nunca tienen mala leche, a pesar de que transmiten enfermedades y son prolíficos; Control, mi buen, ahora que si quieres hacer panchos, te doy por acabada la entrevista...”

P: ¿Cuales son los efectos secundarios a todo esto de la patente?

R: Dese un rápido vistazo a las recientes adiciones hechas a la patente 004-B desde la primera ratonera registrada en 1838, para toparnos con todo un provocativo arsenal. Si no muere Pancho de cáncer antes, él y todos sus descendientes podrán alcanzar el cielo roquefort vía un ataque cardíaco ante la factoría de los descubrimientos. El chiste es ocupar el primer lugar del sacrificio científico, pero para el incansable *bata blanca* siempre queda un par de ancas mutiladas para propinarle calambres galvánicos.

FIEBRE DE JUNGLA

Un gorila se pasea con la crecida fronda del sombrero de los árboles. Abre la maleza y descubre al león por la espalda, en el acto de beber agua del río en posición muy empinada. Sin pensarlo dos veces, el gorila considera que es la oportunidad de enseñarle al rey de la selva un poquito de humildad y se aproxima de puntillas hasta el felino y le propina una fuerte patada en el arabesco de la cola que lo arroja al agua. Al instante emprende la fuga con gran carcajada, pues supone que es lo más mono que ha hecho en su vida: changarse al rey de la selva.

El león está furioso, grrrrrrrrr, y asoma de las ondas del agua a tiempo para distinguir al gorila en su escape. Ahora, el gorila ya no puede correr más rápido y el león está a punto de darle alcance. El primate da un giro hacia un campamento de cazadores y busca escondite detrás del tendedero, toma el vestido vaporoso que pertenece a Jane y se lo pone. “No cabe duda que la mona aunque se vista de seda...” – piensa para sí, advirtiendo su disfraz poco complaciente en el espejo.

Los arbustos se agitan, grrrrrrrr. El gorila no tiene tiempo para alcanzar la frontera, así que decide aludir al humano en su tienda de campaña, entonces se sienta en el *jeep* y recoge un periódico del asiento para cubrirse la cara, fingiendo que lo lee. El león salta sobre el cofre del vehículo y ruge: “¡Grrrrrrr, ¿no has visto pasar a un gorila?”

El gorila no puede dejar de temblar detrás del periódico, se delata: “¿Uh, cual? ¿El que le dio una patada demasiado impropia al león, que lo tiró al río?”

El león se deja caer de una sentada y exclama: “¡Válgame, ya salió la noticia en el diario!”

THAT'S ENTERTAINMENT!

El teporochito entra al bar y le suplica al cantinero: “¿No me fía un trago, por favor?”

“¡Ándale, lárgate de aquí...no vengas a estar chingando la mierda!” – grita el obeso tabernero, el invento del silencio sale de sus ojos y se pierde en el aire.

“Oiga, oiga, si le enseño un buen truco ¿me da a cambio una copa?” – aquí habla el miserable y sonrío con toneles de embriaguez.

“Coño, no sé, a ver ¿Qué tienes que enseñarme primero?”

El borracho mete la mano en la bolsa derecha de su pantalón y saca un pianito vertical que coloca en la barra. Acto seguido, mete la otra mano en la bolsa izquierda y saca un sapo que empieza a tocar el mejor *jazz* que el cantinero haya escuchado en su vida desde Dave Brubeck. Sin titubear, el tipo sirve la copa acordada. A mitad del segundo número, el borracho lanza el reto: “¡Hey, cantinero, si le muestro otro truco ¿me regala otro trago?”

“¡Chingaos, si me enseñas algo mejor te sirvo gratis toda noche!”

Así que el teporochito se mete la mano a la bolsa de su camisa venteante y saca de la cola una rata y la sienta sobre la caja armónica del instrumento para que cante a la mayor fuerza que el sapo golpea el teclado. El cantinero empieza a servir los tragos tan rápido como un géiser de whiskey. Dos horas más tarde, un agente de espectáculos entra al local y se queda atónito ante el cuadro de la rata cantante y el sapo al piano. Ya lo aplaude al cantinero: “¡Esto lo más fantástico que haya visto desde Barnum, ¿es suyo el acto?”

“¡Qué más quisiera, hombre!” – dice el servidor de tarros y apunta con la botella al jinete ebrio.

El buscador de talentos se dirige al compadre luchando por mantenerse en pie y le hace su oferta.

“Oiga, le compro su espectáculo por 250,000 pesos, ¿Qué me dice?”

“No sé, bueno...si yo fuese dromedario no tendría sed...está bien, sí lo vendo”

El promotor en su casaca de otoño saca la chequera y empieza a llenar el documento, pero el beodo lo detiene antes de la embestida de los ceros.

“Espere, ¿no maneja mejor efectivo?...cheque no quiero. No tengo identificación” – habla el vendedor.

“Se lo firmo al portador” -responde el comprador.

“Mejor deme lo que tenga en la cartera”

“Sólo tengo 1,540 pesos...y una foto donde escondo los ojos de la amada inolvidable”

“Le vendo la rata en eso, amigo”

“Trato hecho”

El agente le entrega la cartera doblada de bandera y sale corriendo del lugar con la rata. El cantinero se da un manazo en la frente.

“No puedo creer lo que hizo, dejo ir 250,000 pesos a cambio de la morralla y de paso su número quedo incompleto”

“Nel” – dice el borracho – “nunca adivinó que el sapo es ventrílocuo”.

CON PERMISO DEL PATITO FEO

Había una vez una tortuguita que intentaba subirse a un árbol por los zancos que robaba su sombra. Tras muchas horas de esfuerzo, ya alcanza la primera rama, donde toma un impulso y se lanza al vacío agitando desesperadamente sus patitas. La tortuguita cae en tremendo peso muerto al suelo. Tras recobrase del golpe, lentamente emprende su escalada al árbol de nueva cuenta, sube la siguiente rama en altura y da otro salto para caer al suelo. La tortuguita se recobra del golpe en la dirección del viento y lleva a cabo otros cuatro o cinco intentos vanos por acometer al cielo, mientras unos pájaros observan la escena llevarse a cabo. Finalmente la hembra le dice al macho de la parvada: “¿Cariño, no es tiempo ya de que le digamos a nuestro hijo que fue adoptado?”.

DOS MUNDOS

La mosca se mantiene dominando la fuerza centrífuga, en tanto el camión de bomberos dobla la esquina desarrollando una velocidad de 160 kilómetros por hora. Por un momento, las alas del insecto toman una postura con el ruido de la sirena que parte a golpes mágicos el tránsito de Manhattan. Las cabezas de los dos hombres que conversan sobre la banqueta, giran al mismo tiempo que la ráfaga heroica, que agita las banderas y las faldas, pasa de largo. Einstein le comenta a Poincaré.

-¡Qué alivio! ¡Pensé que nunca se iban a marchar!

++

Un hombre se encuentra pensativo en el sofá de su sala. Oye que golpean la puerta de su entrada y se pone de pie. Abre la puerta y no ve a nadie, sale y entra en la blasfemia pero antes de cerrar tras de sí la manija, da cuenta del caracol de jardín a sus pies. Observa de nuevo y, agrandando el ojo de enojo, ya patea al molusco lo más lejos posible y clausura su porche detrás. Dos años después, el hombre se halla pensativo en el sofá de su sala. Oye que golpean la puerta de entrada y se pone de pie. Abre la puerta y da cuenta del conocido caracol a sus pies que le reclama a tres dolores: “¿Por qué chingados hiciste eso?”

ÚNICO UNICORNIO

El cuerno ahusado del unicornio resulta eficaz para la cura del mal de ojo. Tradicionalmente, la codiciada asta del animal ha probado ser un elemento obligatorio para la fabricación de filtros y pócimas, por eso la caza indiscriminada en las nubes bajas ha llevado a la especie al exterminio temprano. Aunque reza la leyenda que los unicornios desaparecieron cuando Noé olvidó subir una pareja a bordo del arca. El poderoso simbolismo que le otorgó Tertuliano a la imagen que existió primero que el hombre, convirtió los pocos cuernos rescatados en reliquias sagradas. Después del Renacimiento, el comercio igualó al resucitado con el antídoto universal. La secreta receta elaborada por Madame Sevigne en persona, es muy simple: jugo de limones frescos y exprimidos entre el pulgar y el índice, hojas de hierbabuena, agua carbonatada, una pinta de vino blanco, azúcar y, por supuesto, la opaca y blancuzca protuberancia queratina que remueve la mezcla, llamada *narhval*. El cartel farmacéutico pronto contrató una prestigiada firma alemana para probar su eficacia en términos comerciales. El laboratorio certificó las pruebas bajo las normas QFB 84-397, encontrándolo potente al final, pero sin efectos curativos. Luego recomendó su inmediata puesta en el mercado. El medicamento no tuvo resultados en la cura del Sida tampoco. O el cáncer. Ni siquiera en el remedio de la gripa común. Remarcablemente, contra todo lo que se dice de los espejos donde aparecen vivas las abuelas vírgenes, los doctores agradecen el auxilio de toda clase de placebos dentro de su carga de trabajo.

MOKELE MBEMBE

Se trata de creer en monstruos.

Si son honestos, uno siempre termina por aceptar los testimonios oculares. Por ejemplo, la gente clama haber visto al fallecido rey del *rock* Elvis Presley, luego de su muerte acaecida en Agosto de 1977. Puesto que el cantante nació en Enero de 1935, su edad proyectada admite la probabilidad que pudiera estar vivo y oculto de la actividad pública en la actualidad, contando con setenta años. Críticos a la teoría explican que se trata de miles de provocadores con disfraz pidiendo ser confundidos con el real y que los *fans* del artista se niegan a aceptar que ha muerto. *“Oh, sí, usted es capaz de arrojarse dentro de un imaginario barril sobre el portentoso Niágara para aparecer sonriendo entre la espuma de su sueño, y a propósito, Elvis fue visto comprando una dona en Kenosha”*. Sin importar todo lo que se diga, los evolucionistas niegan otro encuentro, otro monstruo en esos parques y calles que admiten los crédulos. Niegan un trozo de carbón que huele a fruta fresca por puro presentimiento. Como última voluntad, sus lentes permanecen en la mesa de lectura del futuro. Un objeto del espacio provoca la extinción masiva de los dinosaurios. Bueno, casi todos. Contemplan ahora, damas y caballeros: el *Mokele Mbembe*, en toda su gloria. Bestia tan grande como el elefante, de largo cuello flexible y una cola similar a los cocodrilos. No por un grito destemplado en la noche, los pescadores del Congo lo llaman *“El que detiene el curso del río”*. La cabeza es muy pequeña en comparación con las patas, aunque ahora luce postrado y con los ojos abiertos, la vista fija sin responder a la luz. Muerto por la clasificación natural. Lo que el mazo de Dios y la naturaleza no pudieron destruir, los herederos del planeta lo consiguieron. *Love me tender*.

CANCERBERO

Por algún tiempo, el Padre Rosette ofició en la pequeña iglesia de Coatepec, Veracruz, y cada domingo, antes de misa, una historia se repite, imposible de guardar en el sagrario. La Virgen en el altar recibe rezos, peticiones, lágrimas, pero nunca el frío de un muchacho llevando encima una preocupación. Entonces, el padre Rosette lo pierde entre la fila de mujeres dispuestas a tomar la oblea y unirla con la secularidad de la saliva. Un día, el adolescente inquieto decide verlo en el confesionario y le confiesa que mató a un *rottweiler* a palazos. El muchacho explica que el perro rabioso había mordido a su hermano menor en cara y brazos, cual un ventarrón de estigmas. Y cómo él se adelantó a rescatarlo. Todo cuanto quería saber era si iría al infierno por ello. El sacerdote lo tranquiliza diciendo que Dios habría de entenderlo y que sin duda le daría su amor y absolución donde haga apoyo su arrepentimiento. Sin embargo, poco importaba el perdón al muchacho. Dentro de todos los suplicios abominables, él tenía miedo de ir al infierno y que el perro rabioso estuviera esperando su llegada.

LECCIONES DE RECAÍDA

El propietario del detector de mierda inicia la calle hacia el fin del universo y toma un mal paso en la primera alcantarilla. Tras recuperarse al dolor de la caída, la ceguera marcha con tiento hacia las paredes que rodean el pozo abandonado y un nuevo tropiezo lo ve descender de peldaño a una trampa de esperanzas fenecidas. El hombre sabe que tocó fondo. Un bombero pasa por el lugar y vuelve su curiosidad a los gritos de auxilio.

-¿Me puede ayudar a salir de aquí?- repite la voz en sus profundidades.

-Necesito un equipo de rescate, voy por refuerzos – dice el bombero y no regresó

Sucede que un doctor tiene su paseo por la misma ruta del bombero y escucha la repetida súplica. El doctor llena una hoja de su recetario y lo arroja al foso.

-Tómese dos aspirinas y llámeme por la mañana- dice y no regresó.

Sucede que un cura tiene su paseo por la misma ruta del bombero y el doctor y escucha la constante súplica. El cura saca hisopo y acetre debajo de la sotana y hace una aspersión de agua bendita en el foso.

-*Adversus Omnes Haereses*– bendice y no regresó

Sucede que un luchador enmascarado camina por el sitio que caminaron los héroes anteriores y escucha la desesperada súplica. Al momento se arroja al abismo, dejando el día atrás.

-Valiente héroe eres tú -dice el tipo cautivo -Ahora somos dos atrapados sin salida.

Los héroes son héroes por distintos motivos. Unas veces, por su ejemplo de bondad. Otras veces, por su juicio de sabiduría. La mayor de las veces por su valentía y arrojo que gana las condecoraciones y los honores, siendo que los honores son fervor nuestro porque la mayor parte del tiempo soñamos con ser rescatados. Por supuesto, si el esperado héroe

nunca llega, sólo queda nuestra persona con sus fuerzas para salvarnos a nosotros mismos.

El luchador se quita la máscara para revelar su propia alma y obrar ante sí como si realmente se viviese en otro cuerpo con otro carácter. El otro yo, exclama:

-Créeme que ya estuve antes aquí y sé el camino de salida para los dos.

Moraleja (e igual spot comercial): Tienes el valor o te vale

TOMA CHANGO TU BANANA

El león, la jirafa y el mono salieron de cacería a la sabana, donde el calor invasor mantiene a raya la presencia del hombre, luego la persecución y dorada muerte del ñu había sido esplendida. Al caer la noche, los tres cansados animales esparcen los colmillos en la ciega orilla de la luna, para repartir la presa. El león exclama:

-Amiga jirafa, haznos el honor de dividir la caza en tres porciones equitativas, lo sustancial para cada uno.

La jirafa, experta en el trueque de manchas leonadas, reparte vísceras y huesos en tres montones de exacta proporción. Algo sobra por hoy, pues el león degüella a la jirafa al instante y la arroja al lado del cuero del bovino en goce de alfombra.

-Amigo mono, ¿Podrías dividir esta terrible confusión en dos partes iguales?

El mono inmediatamente hace saltitos de balanza y contrapeso con los cadáveres y las cosechas al tamaño de una montaña en la azul noche pensativa, conformándose con un mallugado plátano que se guarda en la cola servil para sí.

-Amigo león, recibe los alimentos terrestres como recompensa íntegra a tu labor y permitan que tu corazón y tu estomago se llenen.

El león sonrío y toma la ofrenda.

-Bien hecho, amigo mono. ¿Quién te enseñó a dividir sabiamente en partes iguales?

-Nada más y nada menos que la jirafa muerta

-Amigo mono, mañana regreso con la manada, será un honor para mí tenerte como el embajador primate del rey de la selva.

El mono se disculpa y se va a la changada. Democracia es cuando la manada de leones y el mono se reúnen para decidir quién es la cena.

CEBÚ, C'EST MOI

Dos toros cuentan estrellas en lo alto de una colina. Uno de ellos, el más provocativo, inclina la rigidez de sus astas de exquisita simetría con la luna y sugiere a la oreja: “Papá, ¿qué te parece si bajamos corriendo y nos montamos una vaca?”

El otro toro sonrío autorizado por el lomo y comenta:

“No, hijo mío, mejor bajamos caminando y nos montamos a todas”

RUTA 69

La rapidez es el factor dominante.

El velocímetro *-¿cuántos Km por hora ahora?-* afloja la posición mantenida por noches y días en el vértigo falso y brillante del camino y con brusca inclinación deja a la inercia al trailer en el tramo siguiente de curvas peligrosas. Por el carril contrario, un auto convertible se acerca creciendo en los reflejos contra los anuncios precautorios al avance. La mujer al volante hace maniobras de aproximación, pasa al lado del chofer dentro de la cabina del *Mack* y le grita: “¡Ese Buey!”

El chofer, con su arte en el viento, salva las señales obscenas y vocifera: “¡Perra!”

Ambos vehículos continúan su camino.

Mientras el chofer pierde de vista el auto por el espejo retrovisor con doble risa acelerada, no da cuenta del bovino que termina por arrollar a mitad de la carretera.

PONY TAIL

-¿Tiene mucho tiempo con este malestar?

-Siento que hice un mal esfuerzo. La mera verdad, Doctor Cabral, me chingué un caballo en Matacoquite...

-Mire, amigo, la zoofilia actualmente se mira como una aberración, pero las prácticas sexuales entre humanos y animales tienen un sentido de emancipación en muchas de las mitologías antiguas, como la griega. Ahora, salvo la preocupación posible de infecciones exóticas o lamentables mordeduras, aquí entre nos, cuando uno hace a un lado la cola larga del animal que parece sedosa cabellera y se tiene esas enormes ancas bien apretujadas contra el cuerpo, compartiéndole a la bestia tu noción de amor, al tiempo que una coceada tonta y sin sentido aligera la tensión, a veces uno llora y termina al mismo tiempo. Aunque cueste creerlo, la experiencia marca tu vida. Además, los activistas de los derechos de los animales no pueden alegar mayor crueldad que un jaripeo charro.

-Bueno, Doctor, yo me lo robé

IMPORTANCIA CALLADA DE LA ACHE

“¡Alguien arrancó una hoja!”

Completamente le asistía la razón al desplegar el libro, excepto por la circunstancia de que la hoja no había sido arrancada, sino cortada a navaja. Ni la tenaz aproximación al centro de las costuras logra disimular la terca abertura cuando el libro es cerrado, como si algún marcador hubiera sido olvidado.

“Así lo parece” -contesto sin darle mayor importancia.

Y, por si acaso lo cobija la duda, el lector puede extraerlo del cajón para darle otro vistazo, si quiere. Observará que es un libro largo, con forro interno de seda y cada página juguetona y luminosa, debido el fárrago de firmas, producto de la caligrafía del pensamiento en esos seres oscuros haciéndole memoria a la inmortalidad. Salvo una o dos garabateadas en un lenguaje legible dan alguna pista de los visitantes que llegan a este lugar, muchos de ellos del interior de la república y, dada la alta mortalidad de la población, del extranjero. Al fin y al cabo la pasión de Ulises en la espalda, la treta del viajero cotidiano llega con demasiados americanos, contados franceses y una rara mezcla entre invasores de otro mundo y pueblo japonés. Nancy no había reparado en el libro de los visitantes distinguidos, sino hasta el tercer día que decidió buscar por mapas y folletos en el mueble del mostrador. Entonces empezó a hojearlo con instintivo afán de imitar los ficheros fotográficos de los criminales y, sin quererlo, descubre la página faltante.

“¿Para quién podría tener suma importancia arrancarla?” -se dijo.

Ahora no le puedo dar detalles. Las razones son obvias, pero sólo permítanme decir que cada encargado, cada empleado del hotel, cada portero, camarera, mesero y maletero, cada una de esas personas puede ser una valiosa fuente de información.

“Quizás pueda reconocerla” –yo comento, cargando dicho volumen al centro del salón.

(Hago esto porque fui educado para hacer telegramas breves)

Y el resultado no sólo es vago, sino idiota. Observo los apuntes inmediatos -anterior y posterior y viceversa- del lugar que tuvo la hoja. Apuntar la fecha es asunto fácil. El hueco indicaba corresponder exactamente al impulso migratorio del año pasado. Y aguzando mi vista es posible apreciar parte de las palabras que traspasaron hasta la página de atrás. No en la proporción que me permitiera dilucidar el mensaje vital, pero acaso obtener una idea del pulso sobrio para escribirlo. Definitivamente, sus olas son lentas, una escritura amplia, entrelazada. Una mano femenina.

(También puedo decir que no existe una relación con los apuntes contiguos)

“Muy impresionante, muy impresionante....”

“¿Acaso reconociste al autor?”

“Todo el mundo es muy conocido para alguien. Dime, ¿A quién consideras menos conocido que nosotros?”

Pero esa explicación quedó para los favoritos. Tres días por delante de hospitalidad para quienes no lo somos y el libro de los visitantes distinguidos ya no me molestará en lo absoluto. Con la sonrisa atada dejo a Nancy esculcando las páginas restantes y salgo a la terraza para sentirme en un plano superior.

“¿Qué haces, Chacha?”

Chacha levanta la mirada. La niña cumpliría cinco años ese verano y el vestido verde iguala el color de sus ojos.

“Coloreo...”

Por supuesto. Chacha coloreaba la hoja de su cuaderno y una buena parte de la mesa de apoyo. Ella ilumina a la vaca violeta, con una desbandada de cielo amarillo.

“Eso está muy bonito...¿Terminando vas a hacer otro?”

“No sé, tal vez el jueves...” -responde, batiendo su crayola al frente.

Por supuesto. Jueves, como su particular manera de inventar algún indeterminado momento en el futuro.

“¿Podemos atrapar hormigas?” -pregunta, cambiando la expresión de pensativa a alegre.

“Quizás. Levanta primero tus cosas...”

La pequeña trepa a la silla e impone obediencia a los colores que le sobran. Chacha ha descubierto un nuevo juego y nunca volverá a establecer relaciones con las crayolas. Casi infantil, yo tomo de su mano para pasar por encima de los nenúfares del daltonismo.

Es Junio y empieza a obscurecer. La tarde se balancea involuntaria del columpio del solsticio. El resto de las habitaciones del hotel, rumbo al jardín de los adoquines, lucen desocupadas o en actitud de espera. Chacha ya ha descubierto la fila de insectos bajo el velo bruno que va extendiendo su sombra. La caravana es una recta clara que avisa de dos lados, como frío y caliente, y quién sabe quien dirá que está uno aquí y no allá.

“Yo ya encontré las mías...¿y tú?”

“¡No!” -le grito, preso del pulgar y el pulso débil- “¡Yo creo que es una hora imprudente para agarrar hormigas!. Mira, acabo de ver un triciclo en el estacionamiento el otro día. ¿Por qué no mejor das una vuelta en él?”

“¿Un triciclo rojo?”

“No me acuerdo perfectamente, pero cualquier color sirve igual...¿no crees?”

“Bueno” -dice, encogiendo los hombros- “No sé leer todavía”.

Me quedo pensando igual. Puede ser que la persona que suscribió la hoja no sea la misma que la arrancó. Posiblemente habría dicho algo que los propietarios no querrían que los demás nos enteráramos.

Los propietarios.

Esos personajes invisibles hundiendo su mano en su propio reino, aunque nadie se dé cuenta y tú mismo tengas que comprarte una botella de champagne. Figuras que aparecen y desaparecen fantasmalmente cuando se abren los salones.

Los fantasmas.

Esos. Y todos los cuadros que en torno te vigilan. Sus ornamentos, sus muebles tipo provenzal, la entera contabilidad de sus dineros. O tal vez toman venenos del cristal cortado cuando se filtra la luz, apareciendo por encima del hombro de cada nuevo huésped, para leer lo que deja escrito. En conclusión, debió ser que surgieron los dueños y encontraron algo que ellos censuraron.

O peor.

Quiero pensar en algo peor. Ellos saben que puedes llegar a preocuparte por algo que nunca obtendrás la respuesta. La envoltura perfecta del odio, pero ¿Adónde te lleva? ¿Al punto de partida?

Fin de la aventura.

Chacha ya está muy cansada para saborear la cena. (Pensó tomar un helado, saludó al camarero y se durmió). Nancy se volvió hacia un lado del gran espejo y el botellerío del bar, y se dió cuenta que ahí estaba el teléfono. Se dijo que esperaba que nadie la volviera a llamar nunca y, de modo casi patético, se sentó para hacer dos llamadas telefónicas. Yo creí que la vista me engañaba en el fondo donde la sorprendente pintura se parece a dios sin aumentar su tamaño. El Sheik blanco que, de pronto, sale de su cuadro, riéndose con la

boca pintada con maquillaje de antaño, mientras me saluda con la mano, mirando en otras direcciones. A su derecha, una niña está acucillada, seis o siete años aproximadamente, con las manos en el regazo. Hija de un tiempo que posiblemente vio el tabú de los papalotes fracasar con la costumbre. Y se sienta a su mesa. Nancy golpea con los nudillos a la pared, pues es necesario añadir el esfuerzo a su llamada para comunicar mejor el morse de sus ideas.

“¿Y ahora qué?” -pregunto, llegando por la espalda.

“Estoy rezando...¿no ves?”

Si, claro.

Yo también pensaba lo mismo.

Llegó el jueves.

A decir verdad, no me di cuenta de que era jueves hasta que vi el extraño carro bajar de los nubarrones del cielo, esa mañana. Al principio me imaginé que alguien desviaba su camino para preguntar por cualquier dirección, pero el carro se estacionó perfectamente y aligeró la cajuela de maletas. En el acto, la privacidad se perdió. Mi verdadero temor era verlos ocupar la habitación 115 cuando el portero los hace pasar, con el picaporte en una mano y el dinero en la otra. Nancy me susurra que no puede evitar mirarlos como intrusos de un lugar común.

Bombeo en mis sienas.

Al día siguiente, llevamos a Chacha de paseo por el tablero del Parkasee. Caminando de regreso a la salida, apreciamos a nuestros flamantes vecinos empacando sus cosas, aparentemente para marcharse. Nancy vuelve a susurrar que no puede evitar mirarlos

como intrusos y así se van, entre coordenadas perdidas. Y, por supuesto, sintiéndonos menos intrusos, recuperamos terreno dentro del insoluble laberinto.

Con tan pocos días por delante, me he hecho protector de un reloj ridículo situado al lado de la perfumería. Chacha continúa cosechando caracoles y hormigas. Nancy no para de combinar distintas fragancias en su antebrazo. Luce embriagada.

“¿Dónde está la Chacha?” -pregunta.

“Decidió organizar un picnic...y a ti, ¿qué te pasa?”

“Nada” -contesta con una sonrisa que la delata.

Exhalo un suspiro y tolero su tropezar a tientas con mi alma.

Nada impropio en nuestra escena.

Otra ocasión que fui entrevistado para *Paris-Match*, mentí respecto de mis orígenes. Me pareció prudente convencer al lector que me desenvolvía entre circuitos cerrados y no gentuza. Pero, la verdad sea dicha, no provengo de la gran metrópolis, sino del patio de vecindad de la fama. Un minúsculo atlas, ese solar del sistema (lo que oírlo me da mucha risa, pues el pronombre personal va tras de nosotros) y que he dado por llamar polipolis.

Nancy no lo ha averiguado. Ni lo sospecha, aunque disfrutemos del sexo de muy peculiar manera. Yo sé que uno de los dos terminará matando al otro. Por ejemplo, ninguno de nosotros permitirá sobrevivir al amante para que construya un relato de nuestro torneo en los colchones de este hotel No, uno de los dos morirá y resta algo que tengo que confiárselo primero.

Este es el sitio donde mi papá dio en la vela más de mil funciones, por ende mi mamá dio a luz. Aquí se halla el refrigerador en donde escuché la Quinta Sinfonía por primera vez. Y el triciclo rojo con el cual arrollé a mi primera víctima, cuya cartera -echada

a perder por el trazo de las llantas- me dio el suficiente dinero para pagar mis estudios de preparatoria. Y también, el sitio de los retretes donde escondí la evolución de branquias a bronquios, los frascos de ajeno que luego repartía entre mis compañeros de banca, durante los largos períodos de preparación a exámenes o para hacerme de fuerzas y cargar todo el equipaje de gimnastas y exploradores que tuve que llevar de ida y de vuelta acá, para costearme el ingreso a la universidad. Y el lugar donde murió mi perro y sepulté más de una vez para alimento de las hormigas. Y todas las habitaciones que yo ocupé sin justo título hasta encontrar a la afanadora que fuera capaz de cargar conmigo. Esta pudo ser la mejor maravilla que sucede entre estorbos. Creo que

el

reloj

me

delata

en

punto

de la

hora

El postrer día

guardamos nuestro equipaje en silencio. La Chacha no regresó y temo que haya desaparecido a través del hormiguero. Nancy al fin se decidió por una fragancia que le conviene y la paga con cuatro arcas. Cuando entro al recibidor para recoger las maletas que faltan, la encuentro tapando minuciosamente al mundo. El libro de los visitantes

distinguidos se halla abierto al lado de ella. Voltea a verme y parece que siempre ha estado ignorante de la resurrección.

“Tenemos que escribir algo....sería muy descortés no hacerlo”.

Yo alzo los hombros. No digo una sola palabra. A decir verdad, no nos hemos dirigido mucho la palabra uno al otro desde que se modificó el himno nacional. Al menos no directamente. Recojo el equipaje que me faltaba y regreso al automóvil.

“Dile adiós al hotel” – dice Nancy, diez minutos más tarde, precisamente cuando nos encaminamos por el camino vecinal para tomar la autopista.

Detengo el carro de golpe.

“Me acabo de acordar que olvidé mis lentes...”

“¿Estás seguro?...Yo chequé todo antes de subirme al coche”.

“Yo los traía puestos, sería en un segundo que me descuidé. Voy a buscarlos....no me tardo”.

En realidad, no iba a tomarme mucho tiempo.

Curiosamente, el hotel ya parecía distinto, ajeno. Un lugar para personas en tránsito, de nueva cuenta. Me sentía fuera de lugar, casi observado, cuando reingresé al vestíbulo. No había pista de mis lentes extraviados, pero yo sabía que ahí no los iba a encontrar. Estos estaban seguros en el compartimento de guantes.

Y no tenía mucho tiempo. Me encaminé al mueble mostrador y abrí el libro en la página de su último registro. No quería leer lo que había escrito. (De hecho, giro el libro 180 grados para evitarme una ojeada). Tomé la hoja con dos dedos y con el filo de las llaves la separé del volumen.

Con pudor desmedido estrujé el papel y lo guardé en mi bolsillo para arrojarlo en algún punto de la carretera, en la primera oportunidad. Y cerré el libro, como estaba en su mueble rústico, y manifesté mi repudio al orden del lugar, como me lo pidió Nancy...

Para siempre.

COMEIDANTE

1. BASSO LOCO

Existe otra ciudad debajo de la ciudad.

Cae conmigo, al otro lado de la alcantarilla, donde se abren las grutas más espesas y jala mi nombre, mis ropas sucias o algo mío hasta los ríos subterráneos tan desesperados por encontrar salida que ni siquiera el Estigia los puede contener. La sed de los drenajes borbota con mi hemorragia. No existe nada cobarde en el acto de suicidio. Se necesita mucha determinación para consumarlo. ¡Oh Virgilio, si hubiera sabido por dónde empezar! Hay hombres con tres almas o cinco como tú. Se muere el hombre y sus almas sobreviven por un tiempo como las flores puestas en un vaso con agua. Te dije estas cosas y respondiste: “Enséñale a tu corazón a caminar de nuevo, como a un niño de meses”. Mi corazón nocturno se levanta a escribir la nota para alguien. Siempre alguien ¿Los grafitos? No, ellos representan el libro de visitas de la ciudad ¿Los trogloditas? No, ellos viven entre la basura y te comen casi de todo, excepto los recipientes plásticos. Si no fuera por los trogloditas, seríamos los malditos del *malebolge*. Queda mucho por decir acerca del séptimo círculo ¿Dante? Probablemente Dante. Siempre empieza con él. Dante es plenamente conocido por su primer nombre, igual que Elvis. El tal pedante fue un poeta popular en su nativa Florencia, donde inventa la *terza rima*, que es la estructura del verso azul en su *delirium tremens*. Lo sé, la *Divina Comedia* se divide en tres partes conocidas: *Inferno*, *Purgatorio* y *Paradiso*. Dante murió antes de escribir la cuarta parte, *Espaghetto*, donde el barrendero silvestre, en punto de las seis, pasa su escoba, anunciando la entrada del sol sobre la ciudad inerte. Todo ha acabado. La luz, enemiga de la magia, atraviesa los párpados, echa a andar los relojes de la turbulencia. Existe otra ciudad llamada *Id*.

2. BETTY LA FEA

¿Se trata de ideas más, o *La Divina Comedia* es un deleite de fúlgido alarde como la gelatina Jello-O, con tres capas distintas de sabores? Acudiendo a establecer las distancias entre cada uno de los dominios del mundo espiritual, me detengo en el suceso para habitarlo con la eternidad que cabe en cada minuto. El libro abreviado es gruta en miniatura y pasamanos de rima escarlata cuyo tema central es un viaje imaginario. Justo antes del amanecer del Viernes Santo del año 1300, los inválidos tiran las muletas. Los escolares han debatido largamente dentro de las aulas sobre el significado simbólico de las tres fieras que le cierran el paso a Dante Alighieri en el canto introductorio. Un alumno preguntó: ¿Qué es la sabiduría? Y las paredes de la escuela se hicieron transparentes. Yo prefiero la hipótesis del profesor Umberto Eco, referida a las actitudes lúbricas de la pantera, el león y la loba en todos los casos, de plano representan la nerviosa ironía de una pantera, un león y una loba, aunque no necesariamente en ese orden. De igual manera me hallo intrigada, pero sin convencerme del todo, por la interpretación de Sir Gabriel Fuster respecto a que las bestias representan, respectivamente, *antipasto*, *risotto* y *osso buco*. En vano quiero pensar en *latte macchiato*, *espresso* y *capuccino*. Animales simultáneos, los poetas, cambian explicaciones por explicaciones. Yo tomo lo que traen los hombres inteligentes, fuera de Dios, y a todo digo sí, nada más. Me gusta indicar que para hacer funcionar los arco iris es necesario apretar el botón rojo. Un infierno agónico, sin orillas, nace del amor, entonces mi monstruo antiguo despierta milagrosamente y sobrevive corto tiempo en busca de espejo. La belleza no se crea ni se destruye, sólo se transforma.

Me llamo Beatriz.

3. LA DIVINA COMEDIA DE DOS MINUTOS

El diablo y yo nos entendemos como dos viejos amigos. Estamos haciendo un libro, testimonio de un espacio vecino que el credo del vulgo llama *Inferno*, *Purgatorio* y *Paradiso*. Ambos reunimos nuestro tiempo, nuestros dolores, nuestros ojos, las manos que tuvimos. Los versos más luminosos desde el poeta Virgilio. Y le pusimos *La Commedia* por título. No hay luna, locos, desde hace un par de siglos, salvo un breve milagro, fácil como un niño, mientras duran las gestas entre los güelfos y los gibelinos, los primeros, defensores del Papa, y los segundos, partidarios del emperador Federico. Mi misión es salvar la deuda de un real florentino, tomar al Renacimiento distraído. El diablo me toma los dedos mientras escribo. Nunca se está quieto. Anda como un maldito, como un loco, adivinando cosas que no me digo. Éste quiere dejar profecías y la llovizna de cenizas e himnos para los ángeles del precipicio. Se apoya en Dios o cae delante de Cristo, pero no descansa en cambiar mis motivos. Cuando soy santo, me pongo a murmurarle al oído y lo mareo y me desquito. Viéndole una y otra vez dar de bruces al piso. Es raro y simple. Parece a veces arrepentido y muestra una ternura como el pan bendito. El mundo le conoce tres caras: una roja, una negra y una pálido amarillo, pero él infeliz no sabe nada de sí mismo y se siente solo el pobrecito. A propósito le vendí todas las almas de los traidores para el noveno círculo. Tal vez le depare mis sucesores, los traductores del manuscrito. Gotas de luz, ojos vacíos, detrás de un vidrio. Yo tengo a Beatriz, dedo del corazón. Ella es mi anillo. Uno es algo que vive. Algo que busca, pero encuentra en el destino. No digamos la palabra del canto, cantemos en trance místico. El diablo canta conmigo porque, después de todo, el *ut* es infinito.

4. SALVE ASTRONAUTA SPIFF

Canto Vigésimo Noveno, Inferno

Hace tres días, regresaron los hombres de la luna. Nadie habla de otra cosa. Fue un viaje magnífico y aterrador como nacer y morir. El mundo alzó los brazos para tocar su luna igual que Dios, que tiene la cara blanca y preocupada por los hombres. La televisión nos la enseñó de cerca: ¿arena, roca, cenizas? El horizonte demasiado breve, parecía que el astronauta se fuese a caer por un escalón que no había. El caminante espacial se asiste de las vetas del tiempo y sorprende *in fraganti* a un camionero interestatal, arrojando toneles mal sellados de *fenacetina* en un cráter. Nunca llegó el fotógrafo, pero el can Cerbero se le arrojó al cuello y lo sacudió tres veces hasta que el alma le sale de las orejas, para luego colocar el cuerpo inerte en una de las bancas del área de picnic. El astronauta se sentó al lado y puso atención al grupo de cabezas rapadas que golpeaban y violaban a la pareja interracial de enamorados que disfrutaban una luna de miel, lo que recuerda la idea platónica de que el cielo, con minúscula, alivia a los que se han intoxicado de filosofía. Así, reclinados, siguieron soñando el mismo sueño común. Por largo tiempo. Los coleccionistas de piedras lunares dicen que la luna es buena como hipnótico y sedante. Leche de luna, ungüento de luna. El astronauta regresa y trae consigo un frasquito de aire de la luna para ser resistente al venenoso gas que producen los gatos contemplativos de las azoteas dentro de los intestinos. Magia de la luna en el charco quieto, reflector de palabras circulares, yo quiero pensar que no ha pasado nada casuista. La luna no sirve para eso. La luna es la distancia de aquí a la luna. Es la luz distante, la soñada, tan irreal como el hilo que la ata a la torre de Babel. Y es también su sombra.

La luna es tuya. Te la regalo para que la escondas.

5. *CANCERBRONQUIO*

“¿Lleva el carné de identidad, por favor?”, creí entenderle fuera de la casa giratoria.

Quiero contestar algo, pero la palabra con la que habla el fumador es un alambre blanco. Tú sólo mirarás las llamas, el resplandor instantáneo de este cigarrillo que soy yo. Sin embargo, diez o doce parejas en la fila mojan sus narices con el brindis de los aburridos, acaso calibrando en el sorbo la distancia al sujeto muy alto, tricípite y armado, que lleva prendido en el bolsillo superior de la chaqueta una tarjeta de identificación, con su nombre y la palabra SEGURIDAD. Me cuesta trabajo creer que existe un mal tiempo en la terraza del zodiaco. *Lasciate ogne speranza, voi ch'intrat*. El guardián, todo sonrisa, mira el carné como si fuera translúcido y me desplaza dos sitios en su lista de espera otra vez. ¿Hay puertas? Te adelgazas en una paja y entras. No, no entras ni sales, no hay dentro ni afuera, como si fueran los espejos que repiten al mundo, pero tus ojos lo cambian: Nostos.

-Escogiste bien, portugués, pero esta fiesta es privada. Aquí nada tienes que buscar.

-Ya lo veremos

-Joder, para las moscas encerradas en un frasco es muy difícil ingresar a la vida.

-Ah, la hermandad como en los tiempos de Urbano VII.

-Este es el trato, puede ocupar la butaca contigua al fumador pasivo.

Detalle atroz: los puros contienen una moral viril en los ceniceros. Los fumadores merecen un infierno especial. Pájaros quemados aletean dentro de las entrañas de uno. En la insistencia de la muerte, me construyeron un cuerpo los tales Benson & Hedges, Camel, Marlboro, Pall Mall, a partir de los huesos calcinados de Giordano Bruno. El buró es el reverso de la moneda del cáncer, la única moneda que nos queda después de todo, la que usamos para pagar la próxima cajetilla.

TODOS TIENEN ALGO QUE ESCONDER AQUÍ, EXCEPTO POR MÍ

Y MI MONÓLOGO

En su modestia, el mosquito es enemigo de los aplausos. No obstante, nadie puede evitar caer en abatimiento psicológico cuando el intrigado deja de prestar interés y se separa de nuestra ovación. Ocurre delante de un salón de clases, de un auditorio, de un pelotón de fusilamiento o en un *menage a trois*. Hablas y estás en el centro de la conversación con tu boca a flor de arenga. Sigues hablando y reparas un momento en el rostro de la desconocida de los ojos negros, cautivada en otra suerte de cavilaciones. Aunque ya tomas otra apostura en la voz, poco le costó a la forastera recuperar el entusiasmo por la plática. Se marcha. Si piensas que su corporeidad es muy pequeña para hacer la diferencia, entonces nunca has pasado una noche entera con un mosquito. Ahora, tengamos la fiesta imaginada. Cinco figuras han comenzado a bailar, mientras el resto de los invitados enloquece en un rincón con las historias que llevas a cuestas para esa noche. Reflexiones estrafalarias sobre la muerte y la carencia de Dios, sobre el sexo y la carencia del sexo, sobre política y la carencia de las botanas y los refrescos y hasta tus visos de extrema indolencia para los puntos de vista desiguales. Alguno se pellizca pensando que sueña, voltea a discutirlo con Jung y ambos se hacen buenos amigos fuera del Inconsciente colectivo. Los que quieren dirigir la fiesta, Inflarse como globos amarillos, provocan que el público empiece por dispersarse pausadamente, con paso indeciso. El aguafiestas cruza las parejas. Tres figuras se apartan por completo y vacilas en tu relato. Tu grupo lentamente se adelgaza. Antes de que te percales, quedas en el rincón, hablando con el espejo. Ni siquiera tiene imagen reflejada. Si se cierra la puerta de los cien pesares, hay que seguir la fiesta en otra parte. El adiós sin mayor elasticidad de la lengua. Al igual que el mosquito, reparas en el más

sangrón del cuarto. La persona de pie frente a ti mueve los labios, pero no alcanzas a escuchar lo que dice. Le indicas con señas que te repita su comentario. Tampoco tiene sentido la frase en esa segunda ocasión. Te esfuerzas dos o tres veces más en entender, esperando transformar la sonrisa cortada en una lectura labial, como los versículos que uno se sabe de memoria. Nada de nada. Empieza a avergonzarte la situación. De plano, decides pretender que captaste el mensaje y respondes: “Sí, por supuesto”. La persona me brinda su copa en despedida y se desaparece con sus acompañantes. En las fiestas, nadie escucha a nadie y todos se la pasan divertidos. Nunca me di por enterado del recado disonante, viajando en círculos, como un insecto aerodinámico. De haberse esforzado otra vez, las palabras se hubieran delineado en su completa medida para saber la proclama: “Amigo, nosotros pertenecemos al Cartel de Medellín. Tu voz se me hizo conocida, ¿Acaso no eres tú el chivatón que delató al General Garramuño a la fiscalía, muerto de miedo?”.

LA METAMORBOSIS

La mañana que Moby Dick despertó de un sueño intranquilo en su lecho de légamo, éste se halló convertido en un monstruoso Ahab. Aquello que fue acuario métrico, surge como una cama con dosel en la niebla del mal presagio que confina un bostezo. El fuego de San Telmo salta de la cabecera clavada con sal, abandonando la lámpara, permitiendo a la convulsa chispa bañar de azul el par de piernas absurdas sobresaliendo las sábanas relumbrantes.

Extraño, se dijo a sí mismo, debo estar soñando.

La atarraya reclama la perplejidad de lo enigmático. El hoy necesita nuevos inquilinos con un poco de atención por el desplome del leviatán sobre esta orilla que va de su corazón a su cabeza. El mar es reparado con un charco de ocasos rojos a los pies del Ahab y parece que los esfuerzos por nadar son en vano.

Yo sabía que los cachalotes somos de sangre caliente, se repite en la mente, pero esto es el colmo.

Y en este sentir que te arrastra la pata de palo, pese el levantarse con el pie derecho, el ser tropieza y golpea el piso. Voltea la vista al dormitorio de psicosis y busca, en alguna extensión de la pregunta que no lo deja, la forma primitiva del torbellino. El día previo, él era un cetáceo merodeando el Océano Pacífico de Cabo de Hornos hasta la isla Mocha. “La Ballena Blanca”, era llamada por los barcos que la avistaban. La ballena es el animal más grande del mar con una enorme cabeza que vale las dos terceras partes del cuerpo y una cola que semeja una tau en el otro extremo. La ballena toca el fondo de las aguas turbias del océano y sale a respirar por un orificio nasal en la cabeza, generando chorros espectaculares

de vapor en cada acopio de aire. El cuerpo de hombre aún guarda fuerzas para levantarse otra vez.

Tocan al otro lado de la puerta. La voz de la madre se adentra por la cerradura. Ensordece los poros de la piel.

-Gregorio, ¿Estás bien? ¿No tienes que apurarte a tomar tu tranvía? ¿Otra vez eres insecto?

La cerradura es un túnel negro que nos mira. Moby Dick se alegra de que, quienquiera que hubo puesto llave a la puerta, tomó la decisión acertada. Nuevo toquido carcome la madera.

-Gregorio, te hice una pregunta

En la sequía de sus labios que ya no quieren agua, el hijo se aplica por darle respuesta.

-Estoy bien

-No me lo parece. Tu voz se escucha rara

La mujer tenía razón. ¿Alguien tiene idea de lo que pasa cuando se come una almeja en malas condiciones? La voz suena tan atormentada, que puede acompañarse en un aria de “El Holandés Volador”.

-El gerente te necesita en Nantucket. Debes darte prisa, recuerda que la guagua va llena sin ti

La madre no se da cuenta de la ironía de su afirmación.

Moby Dick se centra en parecer Gregorio y responde con gran cuidado de no hacer evidente el influjo de alguna dosis excesiva de somníferos.

-Estoy levantado

No debió sonar muy convincente, pues escuchaba a su familia discutir su situación en el pasillo. Lamentaciones todas de no poder sobrevivir sin el sueldo de Gregorio. Incluso escucha a Greta, su hermana, sollozar frenéticamente, gimoteando con su lengua pegada al paladar, de forma que no podía articular la palabra “migaloo”, sin provocar mayores disgustos. La madre la envía a telefonar al doctor, lo cual significa un alivio, pues empezaba a preocuparle la idea que Greta quisiera entrar a su habitación a toda costa y lo encontrara desnudo. No obstante, el desnudo es un estado natural cuando se es considerado una especie marina. No, lo cierto es que Moby Dick viste un salvavidas y tiene frío.

Moby Dick se las arregla para alcanzar la cajonera y buscar un traje para irse a trabajar. En su actual anatomía, su fortuna se reduce a un par de corbatas y un sombrero. Detalle curioso, la primera asomada al espejo lo persuade de afeitarse las barbas de la ballena a modo de parecer un hombre de negocios. Nuevos toquidos llaman a la puerta. Tres cortos, tres largos, tres cortos.

-Gregorio -reclama el padre -el gerente se ha presentado a buscarte

Gregorio detesta al gerente. Gregorio detesta a todos los gerentes rendidos ante un común gerente. El gerente considerado el Caín detestable donde caben todos los hermanos del mundo, excepto su pequeña hermana. Si bien Gregorio busca pagar a Greta su inscripción en el conservatorio la próxima navidad, ésta siempre refiere de él que “su mente tiene rincones de celos”.

Ahab aborrece el oleaje sinfín en la banda Moebius Deck.

Los minutos pasan, los verbos más descabellados. En todo ese tiempo se escucha al padre abrumando con patéticas disculpas al gerente. Por su parte, el perfume del directivo excede en mucho a su propia tos de hastío. Los minutos pasan, las peticiones del que nació marcado para servir de suela.

-Gregorio, el gerente se halla parado a mi lado. Todos estamos preocupados por tu conducta. Ya es tarde, hijo.

-¡Por todos los cielos, estoy enfermo! ¡Dígale al gerente que ponga un pleito, si quiere! ¡Demándenme o váyase al cine! – Gregorio reclama, pegando un manotazo en el suelo.

El gerente decide intervenir.

-Escuche, jovencito, yo también podría enfadarme porque me ha desilusionado. Usted fue contratado para recorrer un número limitado de pueblos igual que el circo y su trabajo no podría ser mejor si hay gastos pagados de por medio. Si todos mis empleados fueran como usted, yo desearía haber nacido un negro chulo. Créame, a usted le gustaría ser ese negro chulo. Ellos se consiguen todas las damas de la calle y lucen joyería que está por encima de un juego de cubiertos de veinticuatro piezas. Pero no, los otros gerentes y yo trabajamos en la oficina de doce a catorce horas diarias, los ocho días a la semana, ya que se trata de una semana que se despista con gran facilidad, precisamente por estos meses como septiembre, que llegan a tener hasta dos eclipses totales. Los gerentes tenemos bien claro que los engranes de la industria no pueden detenerse por nada y por nadie. Al mismo tiempo, nunca adivinaría la manera que apreciamos nuestros empleos y nuestros sueldos, desde que puede faltarnos una decoradora que sepa tener un sofá café siempre bien ordenado y pese a ello hacemos nuestra labor diaria sin queja, hasta un nuevo regreso a casa en estado de agotamiento. Cada gerente es informado acerca de qué puede hacer o qué no puede hacer en boletines existentes. Alguien creyó que aquel papelito amarillo era comestible. Te digo algo, Gregorio, estoy de acuerdo en llevarlo a una clínica para una serie de sesiones de radiografías y si algo sale mal, considerare seriamente la idea de hacerlo mi gerente. O puede que decida llevar a cabo una huelga de hambre, pero esto obliga a su

padre, a su madre y a su hermana a trabajar. No empeore las cosas poniendo nerviosa a la gente. ¿Quiere venir conmigo ahora?

De pronto, gira la perilla en la cámara secreta y Gregorio asoma al exterior.

-Mire, nunca sé cuando habla en broma, pero no tengo su sentido del humor

El gerente retrocede horrorizado, mientras los padres vuelven la cara y se abrazan en silencio. Fobos y Deimos con el aplomo de Marte, incendiado en naranja. Los astrólogos sentencian una conjunción propicia.

-¿Quién eres tú? ¿Dónde está mi hijo? – atina a preguntar el padre.

Ahab suelta las amarras al encantamiento, busca un punto cardinal donde hacer apoyo.

La madre opta por desmayarse, como la férrea madre judía, y el padre logra la proeza de empujar al intruso de regreso su habitación con una patada de poca astucia al cuerpo. Por seguridad, clavetea la puerta.

Gregorio se rehúsa volver a la cama. Recorre el cuarto de un extremo a otro, cavilando qué hacer, doliéndose del estómago. Ya cava ciclos en el suelo, haciendo paradas ocasionales para pegar la oreja a la puerta y captar la conversación en el exterior. En el último ruido de la calle, Gregorio se entera que la pequeña Greta se ha sido informada de su condición anómala. Que los sirvientes se hallan sospechosos. Asimismo, sabe que el señor Leopoldo Bloom le es infiel a su esposa Molly, cuyo verdadero nombre es Marion y es mejor conocida por sus largos y atropellados monólogos, hablando sola; Que el joven Stephen Dedalus le ha regresado la llave y le ha dejado dinero prestado a su amigo Buck Mulligan, antes de mudarse a Eccles Street como pupilo; Que la tienda de vinos y licores de Davy Byrne tiene el mejor sándwich de queso que el diablo pueda tentar; Que el muerto

Finnegan se levantó de su ataúd al caerle unas gotas de whiskey encima, pero sus dolientes lo volvieron a tumbar para que descanse.

Un domingo, ya no recuerda cuál, Gregorio decide esconderse en una pecera. Un refugio que encuentra inexplicablemente confortable. Reino de conciencia póstuma. Un gato con hambre se pasea tras la ventana. La ventana más hambrienta, que se almuerza el sol y se cena las estrellas. Antes que pudiera suceder cualquier cosa, este personaje acuático se halla flotando letárgicamente boca arriba, mirando el techo, perdido en sus propios pensamientos tan tristes y burgueses y gradualmente cae en profundo sueño. Ahab cuelga de una sogas pudriéndose, atado en abominable estrategia de un ancla.

Los días y las semanas que le siguieron, estuvieron desnudos e indefensos, entregados al desencanto. Pese que la familia Samsara se halla resignada ante su problema doméstico y Greta supera su repulsión por los monstruos desechables y cumple en llevarle el caldo de cultivo y mariguana que fumar, Gregorio no se engaña en la herencia universal de las culpas. A decir verdad, él tampoco se hallaba complacido consigo mismo. Todas las veces que Greta entra a hurgar su cuarto, Gregorio se esconde bajo la cama, para evitarle mayor sufrimiento. Las dos sirvientas gradualmente renunciaron, siendo reemplazadas por una robusta mucama que no parecía darle importancia a la condición de su paciente, probablemente porque su celo proletario la hacía más pura que el resto. Las cosas pasaron a complicarse y debido a la necesidad de dinero, la familia decide alquilar un cuarto a tres huéspedes. Los tres huéspedes se mudan a la recámara de Greta, obligando a Greta a mudarse al cuarto de escobas.

Gregorio Samsara hacía maletas todos los días a México y sintiéndose mayormente deprimido por no tener el valor de marchar. Si un plan no consigue resultados prácticos, surgen otros. Digamos, probar el golf. Esta situación perduró por meses hasta la aciaga

noche que tuvo lugar el desenlace de inmensa burla, pero muy escasa exhibición de las encías.

Gregorio escuchó música proviniendo de la trampa para plagas.

Los acordes de “La Cucaracha” atraviesan el corazón en la deliciosa interpretación al violín de su hermana Greta. Ella pudo haber utilizado un peine y un pedazo de papel estraza y de igual manera hacer convulsionar el tic tac de los relojes, aunque el cucú salga en defensa de aquellos con el clásico comentario que “a las diez de la noche, todo el mundo está durmiendo”. Por un instante, la torre Eiffel, bajita de estatura, abriga la idea de convertirse en una bailarina española. Gregorio escapa de su región oculta para ir en persecución de los tonos menores y marrones.

En el estudio, los tres huéspedes beben y conversan.

-¿Quién de los dos puede decirme cuánto es cinco por dos? – pregunta el huésped uno.

-Odio el desafío de las adivinanzas

-Vamos, no es adivinanza. Es simple aritmética.

-Cinco por dos es igual a montaña

-Absurdo

-Son diez, las diez de la noche, par de tontos.

-Tú ganas. Ahora que si aciertas a saber de qué color traigo los calcetines, pienso que podremos seguir adelante con nuestro pequeño juego.

-Estoy aburrido

El Cointreau resbala por la garganta, se vuelve úlcera, arde. El huésped que se dice aburrido hace una terrible mueca, ante la prolongada vista de la sombra rastrera cruzando la entrada de ese universo privado.

-Señor Samsara, hay una termita gorda en el estudio, el bicho va destruir su preciosa biblioteca...

-¿Prefiere beber un laxante el caballero? – apura el padre.

-Esto es muy desagradable. Nada justifica este afán de esconderse por debajo del subsuelo para espiar a gusto. Ni siquiera por motivos científicos. ¿Esperaban que no nos diéramos cuenta?

-Finos señores, no lo refuto ni lo apruebo. Mi familia es la primera en procurarse guardar el secreto de este espectáculo grotesco. Este hijo mío se volvió irreconocible en su testarudez de exprimirse los brotes del acné...

-Caballeros, salgamos de este lugar y no regresemos.

El señor Samsara voltea a su hijo y le reprende, totalmente desquiciado.

-¡Mira lo que has provocado, maldito engendro de pesadillas! ¡Buenos inquilinos, puntuales en la renta, lo hemos perdido en un tronar de dedos! ¡Por tu culpa, un meteorito destruirá la tierra y todos quedaremos flotando en el espacio! ¡Te mataré, te mataré!

-Padre, aplástalo de un librazo. Usa la Odisea de Homero...

La madre muestra cierta piedad, pues se trata de su hijo. Demasiado tarde, la Enciclopedia Británica completa le cae encima. ¡Cataplum! ¡Squish! ¡Tan tán!

El engendro queda muriendo con música de fondo.

Más tarde, la robusta mucama halla el frasco de DDT y lo esconde junto a la ropas sucia de la semana anterior. Mientras mira el televisor blanco y negro, de ocho patas y antenas caídas, ella es detenida y llevada a proceso, pero nadie le dice de qué coño la acusan en ningún momento. Ella se niega a practicar una felación a su abogado defensor, por lo cual éste se enoja y la deja a su suerte. En una jaula dorada, ella espera su muerte por

silla eléctrica. La mañana siguiente, dos guardias y un sacerdote terminan por ejecutar su condena. Antes de recibir la carga fatal, la prisionera asume una cierta culpa desconocida.

Librados de todo mal, los padres dan cuenta que Greta se ha convertido en una sirena agraciada y comienzan a planear cómo casarla y abrir un establecimiento dedicado a la venta de capuchinos caros y otras variedades de cafés con nombres estúpidos.

MÁS CABRÓN QUE BONITO

Cuando subo un insulto al debate público, tengo especial cuidado de honrar el derecho de sordera en la gente decente, pues escuchar una mentada, aunque nunca sea dirigida a persona distinta del insultado, hace sentir ultrajado a cualquiera. Esto lo hago, no porque seamos un pueblo especialmente respetuoso de la opinión ajena, sino porque todos somos extraordinariamente conscientes de la propia, la que se siente con derecho de tener la última palabra. Al incluir un exceso de acordes bemoles en mi opinión, no pretendo más que poner en relieve algunos asuntos preferenciales en los que Importa más la reacción al injurio, que la veracidad del mismo. La incidencia cíclica del improperio soportado que delata a la gente educada es cuando alguien entre nosotros opta por guardarse su opinión e irse a su casa a tomar un té de boldo. Nada de radical encuentro con el latín vulgar dado a la molicie, mi motivación selecciona palabras sonoras que deberían tener alguna eficacia en producir descargas de adrenalina contra la causa enemiga y desorientarlo o mi grosería predilecta es inútil para reparar las fuerzas gastadas al punto nefasto en que la discusión no tiene cabida de otra respuesta que el contundente argumento de “vámonos respetando”. Aquí me veo obligado a hacer una pausa, para sacar la navaja y dar un tajo.

GABRIEL FUSTER: Mamífero euterio, del orden de los *primates*, suborden *antropoides*, familia *homínidos*, género *homo* (única especie *homo valiums*). Se caracteriza por su estación vertical, su gran desarrollo cerebral, la diferencia de estructura de los pies y las manos sin callosidades, su lenguaje articulado y su capacidad de crear cultura que al mismo tiempo lo separa de las demás clases silvestres. En cuanto hace a las clases universitarias, éste es egresado de Licenciado en Derecho, con estudios de postgrado en Ciencias políticas y diplomados en Arte y comunicación. Omnívoro. Monógamo, no óptimo como semental, pero al menos rápido. Hay que verlo en las salas del museo de los seres fantásticos, junto con sus galardones literarios tales como: *Premio Ciencia-Ficción REVISTA “LA CIENCIA Y EL HOMBRE” U.V./1990. *Tercer lugar en el 8°. CERTAMEN NACIONAL DE GUIONES ORGANIZADO POR S.O.G.E.M /1994. *Finalista del 14th ANNUAL FREE POETRY CONTEST en las Vegas, Nevada. USA *Finalista del 1°. CONCURSO NACIONAL DE HAIKU ORGANIZADO POR JAPAN AIRLINES. *Becario – FONDO ESTATAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES. CICLO 2004/05. Juguetón, imitador y travieso. Carne y aceite muy preciados, aunque nunca suficientes para un *blintz*. Al igual que el Dodo y el unicornio azul, sus libros *Tú también estás Feo* (Poesía 1988-1999); *Salmón* (Cuento 1995-1999); *Rua Morgue* (Cuento / Beca Creadores 2004); *Cameo* (Cuento, 2005); *Tres veces bilín* (Cuento, 2006); *Cuadros con descuento* (Cuento, 2007) y *Los Rollos del mar Quito* (Cuento, 2007), sin excepción se encuentran catalogados entre las mayores nociones en peligro de extinción. Su número de control es FUSG590911 y cuelga en un marbete de plástico de su oreja izquierda.